

# UN RETRATO INACABADO

Por THEODORE H. WHITE

*La noche en que obtuvo la victoria electoral, Nixon quiso hacerla pública exactamente a la misma hora en que, ocho años antes, le anunciaron su derrota frente a Kennedy. Sus ayudantes le disuadieron de hacer este gesto. Estuvo a punto de verse envuelto en un escándalo político; le salvó la sensatez de su rival, Humphrey. He aquí un Nixon desconocido hasta ahora. La revelación de su personalidad se debe a la sensacional obra «The Making of a President, 1968», de Theodore H. White. GACETA ILUSTRADA ha conseguido para su publicación en España —sólo una revista por cada país ha obtenido tal concesión— los derechos exclusivos para prensa del extracto del libro realizado por «Life». Este es el tercero y último capítulo de una biografía apasionante, el retrato más íntimo sobre Nixon que nadie ha sido capaz de dar a la imprenta hasta la fecha.*

EL 31 de octubre, pues, la semana antes de las elecciones, Johnson anunció el cese de los bombardeos sobre Vietnam. Esto cambiaba el signo de la campaña electoral y favorecía, indudablemente, al rival de Nixon, Humphrey. Sin embargo, 24 horas después los periódicos explicaban que Thieu se negaba a acudir a las conversaciones de París. Si Saigón no estaba de acuerdo en aquello, no estaba de acuerdo en nada: ¿quién había engañado a la opinión pública? ¿Pretendía el Gobierno llegar al fin de la guerra o estaba simplemente ayudando a H. H. H.? Por medio de todo, había una intriga nacida en las filas de Nixon para sabotear al Gobierno. Esto podría hundirle. Johnson estaba encolerizado. Es este uno de los «affaires» más confidenciales de todo el proceso electoral de la campaña Nixon.

No hay manera de poner en claro qué fue lo que sucedió, si no es introduciendo en aquel momento el nombre de una bella señora oriental, Anna Chan Chennault, la viuda de un héroe de la última guerra, el general Claire Chennault. La señora Chennault, ciudadana norteamericana desde el año 1950, está en la línea que encabeza la señora Chang Kai-Chek y pasa por la señora Nhu, el Dragón del Vietnam del Sur; una línea de mujeres de grandes ambiciones y de maneras autoritarias, cuya piedad y rigor de acero han superado con frecuencia su talento y su reconocida belleza. Durante la campaña de 1968, la señora Chennault, una dama encantadora, llena de energía y con un nombre famoso, llegó a ser presidenta o vicepresidenta de varios comités pro Nixon, ostentando esos tí-

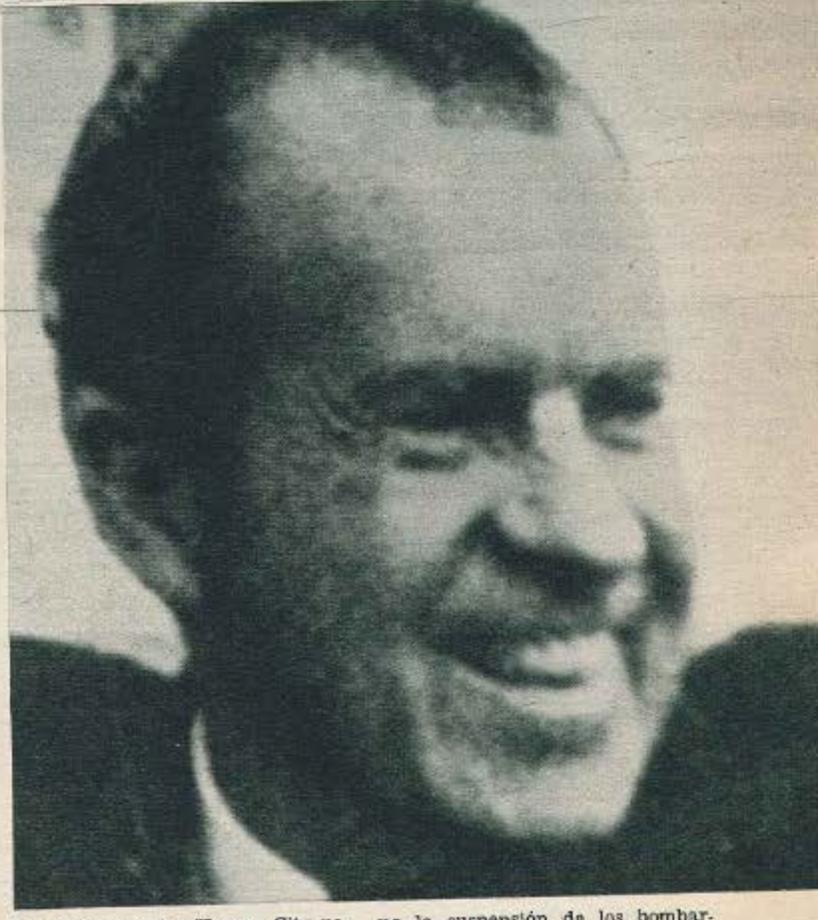
tulos honoríficos que se discernen con facilidad con más convicción que la mayoría.

En este círculo de diplomacia oriental en Washington, que en cierto tiempo se conoció como el «China Lobby», la señora Chennault era la reina, sin disputa. Habiendo llegado a reunirse, según declaró más tarde ella misma, unos doscientos cincuenta mil dólares para ayuda de la campaña de Nixon, se creyó con títulos bastantes para tomar ciertas resoluciones. Tras saber, por conversaciones, rumores públicos y comentarios de prensa, en octubre, que las negociaciones estaban en marcha, tomó bajo su cuenta resueltamente el sabotearlas. Se puso en contacto con los Gobiernos de Formosa, Corea del Sur y Vietnam del Sur y empezó a alear por cable y por teléfono su resistencia contra el acuerdo, declarando al propio tiempo que hablaba autorizadamente, como representante de la campaña de Nixon.

Sin embargo, había olvidado tomar las precauciones más elementales de todo intrigante y sus contactos con Asia fueron registrados por el Gobierno norteamericano y enviados directamente al presidente Johnson, para que les echara un vistazo.

Aunque el presidente Johnson conocía los esfuerzos de la señora Chennault, antes incluso de que se anunciara la detención de los bombardeos, no los había tomado en serio. Sólo al llegar el sábado, con el repudio por el presidente Thieu del acuerdo de París, se encendió la ira del Presidente. Por entonces había acusado privadamente al senador Everett Dirksen de un complot republicano para sabotear la paz, y al día siguiente

# PERO, ¿QUIEN ES NIXON? (y 3)



te, domingo, Johnson llamó por teléfono a Nixon a Los Angeles, y tuvo una conferencia de lo más agria con él.

Nadie es capaz de imaginar qué provecho se hubiera podido sacar de una acusación pública de tal naturaleza. No es posible tampoco imaginar hasta qué punto, si se hubiera voceado esta acusación las últimas cuarenta y ocho horas de la campaña presidencial norteamericana hubieran acabado en un verdadero desastre. Pero el certero instinto de ese provinciano que es Hubert Humphrey prevaleció. Informado del *sabotaje* de las negociaciones, Humphrey hubiese podido conquistar la Presidencia, dando un lugar de primer plano a aquella historia en los cuatro últimos días de la campaña. Se le presionó para que lo hiciera así por varios miembros de su equipo. Pero no conozco en toda la política norteamericana un episodio más decente que el de la negativa de Humphrey a actuar así. Por instinto estaba convencido de que Richard Nixon no había sabido nada de las negociaciones de la señora Chennault y de que, si las hubiera conocido, las hubiese prohibido en el acto. En consecuencia, Humphrey no quiso airear la historia.

Después de haber comprobado los hechos durante el fin de semana, yo pensé también que el comportamiento de Humphrey había sido de una entera sensatez. Al conocer la noticia, el equipo de Nixon comenzó a investigar la historia, descubrió las actividades de la señora Chennault y se quedó horrorizado. La furia y el disgusto de Nixon y de su equipo fueron tan grandes que no hubieran podido

fingirse. El lunes por la mañana, la víspera de la elección estaban persuadidos de que, si perdían la campaña, sería por culpa de la señora Chennault. La señora había actuado en su nombre sin consultarles y se había arrogado una autoridad de que carecía; pero si los demócratas querían dar publicidad al episodio, por mucho que Nixon tratara de negarlo, nadie le creería. Estaban sencillamente a merced de la buena voluntad de Humphrey.

## «No quiero que paséis lo que pasé yo en 1960»

Los Estados Unidos se abrían en toda su belleza y majestuosidad ante Richard Nixon cuando el candidato iba rápidamente a Nueva York el día de las elecciones. Mientras él volaba por los aires, unos setenta y tres millones de norteamericanos estaban votando. En los dos últimos años había estado sembrando cuidadosamente, planeando sensatamente, trabajando intensamente, como sólo él sabe hacerlo, con ayuda de su equipo y de su grande habilidad. Pero ahora había llegado el tiempo de la cosecha y se sentía inseguro. A sus pies se extendía una nación en guerra, llena de odios, preparándose para recibirle con una crisis más sombría que la que cualquiera otro Presidente hubiera tenido que arrostrar desde 1860. Ante él se hallaba una nación perpleja, confundida, que parecía saber menos que nunca lo que quería y la clase de Gobierno que deseaba.

Desde el día de mediados de octubre en que el presidente John-

son le telefonó a Kansas City para hablarle del Vietnam, Nixon había estado preocupado. El Presidente le había dicho así —como a los otros dos candidatos, el 17 de octubre— que las conversaciones secretas habían empezado en París cinco días antes y que se encontraban ante la inminencia de un acuerdo. Johnson había pedido a los tres candidatos que pensarán en lo que sería mejor para el país y que eliminaran el Vietnam de los debates públicos. Poco después de las elecciones, recordando aquellas dos semanas, Nixon opinó que fue entonces cuando las cosas se pusieron realmente en contra suya. En contra de su equipo, Nixon creía que el tema más importante de su candidatura, lo que le daba su fuerza, no habían sido nunca la ley y el orden. Según pensaba él, el tema clave era la guerra del Vietnam, el deseo de los norteamericanos de tener paz. Durante meses, hasta que se produjo la llamada telefónica, Nixon había estado repitiendo: «Os digo que después de cuatro años de guerra en Asia, después de veinticinco mil muertos y de doscientos mil heridos, Norteamérica necesita un nuevo Gobierno, una nueva dirección...». Pero tras la llamada del Presidente, precisamente cuando él había llegado a la cumbre de este tema, tenía ahora que desecharlo de sus discursos. Tenía que hablar de una manera más general, al referirse a la política exterior; tenía que envainar la espada, la parte más aguda de su lucha contra los demócratas y Hubert Humphrey quedaría tranquilo. Si la paz era inminente, nadie le perdonaría que perturbara las cosas sólo por buscar una ventaja política. Luego, vi-

no la suspensión de los bombardeos, aquel sabor anticipado de paz y la loca fluctuación de las preferencias de los electores, de que había tenido noticia, tanto por encuestas privadas como públicas.

Desde aquel momento Nixon sintió que su influencia iba decreciendo en el cuerpo electoral día tras día y que esta pendiente se iba haciendo más pronunciada hasta el día de las elecciones. La víspera trabajó durante todo el día, acabó con su última aparición en la televisión, destinada a los californianos, a las once de la noche, y logró meterse en la cama en el Century Plaza Hotel, de Los Angeles, a la una y veinticinco de la madrugada. A aquella hora otros norteamericanos estaban ya dispuestos a votar en las colinas de Nueva Inglaterra.

Ses horas después, el candidato estaba en pie y a las nueve cuarenta y cinco subía al avión de la campaña. Nixon recuerda que alguien había puesto un cartel a manera de broma, que rezaba: *Air Force One* (Avión presidencial) y una bandera norteamericana ondeaba junto al aparato. Dentro del aparato habían soltado globos. Pero el candidato estaba triste, y una vez solo en su compartimento llamó a la señora Nixon y a sus dos hijas, así como a su futuro yerno, David Eisenhower. Quería ponerles en guardia para que no pasaran por la agonía que él había tenido que pasar durante la noche de las elecciones, en 1960.

«Yo me he mostrado en público bastante optimista —les dijo—, pero ahora quiero que sepáis lo que realmente está sucediendo. Si la gente de este país está de veras preocupada por la paz, podemos

SIGUE